

por medio de la creación libérrima y sublimábamos nuestra energía en leer las más grandes e importantes lecturas del mundo, todo lo prohibido por el Régimen. Queríamos abarcar cimas de conocimiento que ni siquiera nos atraían, pues nos fanatizábamos por cosas muy específicas: Rilke, Melville, Carlyle, los poetas simbolistas, los escritores misteriosos y de segunda fila como Peladan, los rarísimos. Nos burlábamos del realismo. Buscábamos lo exquisito aun a riesgo de quedarnos con hambre porque teníamos un cerebro voraz de adolescentes neuróticos. Tratábamos de hacer nuestras obras completas antes de que acabara el mes.

Pero yo me marché a París. Carlos vino detrás. Yo me casé con una francesa y él también, aunque no con la misma. Pero fuera como quiera, los dos llevábamos unas vidas paralelas. En esos años en París nos pusimos al corriente de todo para estar de vuelta cuanto antes. Yo me separé de mi mujer. El se separó de la suya. Y aquí comenzó el otro tramo en donde ya no estamos juntos. Creíamos todavía en “la obra” y, de tanto querer tenerla por encima de todo, la hemos tenido.

— Sabes que tu ex-marido es, a pesar de todo, un hombre de mucho talento, una persona que va a figurar en las páginas de la historia poética del siglo XX — así le dije a Denisse, su primera mujer, cuando vino a visitarme recientemente, poco tiempo después de que me hicieran académico.

— Eso no lo he dudado nunca, pero los artistas —bueno, algunos— sois insoportables de egoísmo, hay que aprender muchas cosas para trataros y luego no se le saca el menor producto a ese aprendizaje.

— Carlos y yo hemos agotado nuestra amistad. Pero estamos unidos por algún secreto en nuestro destino. Eramos muy modestos y queríamos hacernos sabios inventores de belleza para gustarnos más el uno al otro.

Francisco NIEVA.